Van a cumplirse 250 años

La histórica ornamentación de las calles para la Procesión de 1725

Lástima que la ley del espacio haya de coartar este tema sabroso, importante. Ciertamente, no trascendental, pero tampoco meramente folklórico. Porque los festejos de aquel año fueron sólo expresión de un orgullo y de un fervor marianos colectivos, impresionantes, de Tortosa, en torno al estreno de su Capilla de la Virgen y la Traslación de la Reliquia a ella, y en importante constatarlos en orden al conocimiento de la religiosidad histórica tortosina. La raíz inmediata fue que la Capilla, con sus notables dimensiones (*... una iglesia dentro de otra*), algo así escribió el catedrático de Historia del Arte de la Central, Elías Tormo), sus jaspes e incrustaciones, su cúpula y bóvedas, sus frescos y óleos, tan distinto todo del severo gris de la Seo y de la anterior pequeña capilla común del ábside, y tan a tono con el barroquismo de los espíritus en la época, había entusiasmado a Tortosa, que acababa de construirle de su piedra y su dinero para su Virgen y su Reliquia, y la consideró una especie de *Non Plus Ultra* (en un cartel de la Procesión) y de *Sacra Octava Maravilla* (en otro). Aquella Tortosa estuvo muy lejos de su ordinaria sobriedad, y ardió como han ardido, por ejemplo, Morella y Valencia en las más cálidas de sus fiestas religioso-populares, que las han hecho célebres.

* * *

Aquí no podremos historiar aquel fervor. Sólo el de la Procesión. Y sólo el capítulo de la ornamentación de las calles para ella. Y sólo en tres muestras detalladas de las que se pueda deducir, en general, el tono de la restante.

Tuvo dos capítulos, fundamentalmente: fachadas (a cargo de los Gremios) y altares, doce, en los sitios más espaciosos del recorrido (a cargo de los Conventos religiosos). El Cabildo ya se encargó de la fastuosa decoración del claustro y del jardín, del interior de la Seo y de su fachada (que era un *mayo de flores* y lucía *colgaduras de Flandes*).

Ni del arreglo de fachadas (y a veces del espacio de parte a parte), ni del de los altares daremos reseña. Pero Tortosa se convirtió en un Museo público y en un torneo de ingenio, esfuerzo y gusto. Los damascos, tafetanes, sedas, reposteros, lienzos pintados, cuadros, colgaduras de brocatel, tapices historiados, aun de Flandes, se sombran constantemente (los de Flandes, media docena de veces). Los trabajos en pintura y en vegetales y en papel, igual. Los carteles literario-poéticos en castellano, catalán y latín, ilustrando pinturas simbólicas tan del gusto de la época, lo mismo (llegando al claustro y al mismo interior de la Seo). El despliegue de luces y candeleros, flores, *escaparates con cristales*, imágenes, joyas, relicarios, galones de oro y plata, frontales de tisú, toldos, escudos, sitiales, almohadas, doseles, carteles, pabellones, penachos de plumas, ar-

---

cos, etc., fue abundante. El cronista insiste varias veces en que no era sólo riqueza y abundancia, sino también armonía y gusto (desde luego, en la Capilla estrenada se tuvo el buen gusto de no ponerle adornos; se pararon en su frontis).

En una reseña, aun sumaria, habría que contar el arreglo señorial de algunas fachadas (Obispo, Gobernador, Jesuítas, etc.); el de los doce altares uno por uno; riquezas como la del Crucifijo de marfil, de más de un metro de alto sobre pedestal de ébano en el de los Carmelitas; lo *teológico* del altar de los Jesuítas y su practicidad al montarlo sobre arcos de más de dos metros de alto para no impedir el paso a la calle Ancha desde un punto de la de Moncada cercano a aquella en que se hallaba; el *vario, continuado cortinaje* y serie de símbolos de esta última calle; la figuración de una *dehesa* que los Horneros instalaron en la plazuela *dels Estudis* (actuales Juzgados), a base de espejos y muchas luces en la noche; la serie larga de bellas imágenes de la Virgen de la Cinta y representaciones de su Descenso; los *más de cien* (así) arcos iguales de arrayanes con que el Gremio de Carpinteros, Canteros, Albañiles y Boteros convirtió la más bien corta calle d'En Carbó en una *hermosa Galería*; las velas de barcos que los marineros aprovecharon para fondo blanco general de la decoración de la Ribera, supliendo las fachadas que no había al lado derecho de ella por ser el del río; las *redes doradas* con que los pescadores cubrieron sus dos calles, etc.

Y a continuación, sin más, las tres muestras detalladas de esa decoración *para el real y hermoso paseo a la Sagrada Prenda*, igual que el que los romanos tributaban a sus emperadores victoriosos. Está hablando y comparando Pedro de Lloberia y Pellisa, caballero, *hijo de la ciudad* de Tortosa, devotísimo de la Virgen de la Cinta, nuestro testigo, en su manuscrito barroco, minucioso y fiel, que interpretamos y resumimos.

Los vecinos (no está claro si sólo los de la plaza del Angel o también los de la calle d'En Carbó) erigieron un altar en la confluencia Carbó-Angel (en la Angel-Moncada había otro, erigido por los Padres Trinitarios de San Elías). Debió ser un montaje de madera, pintura y elementos reales, complejo y alto (*hasta los terrados*). La base, ya a tres caras, pero no en U, sino en forma de medio exágono (a *medio sesanco*) como todo el resto del altar, la formaban sobre cuatro pedestales, cuatro columnas, bajo arquitrabe, friso y cornisa corridos. Iban de columna a columna, y estribando en ellas, un par de arcos (seis, pues), en cuya confluencia colgante iba una cabeza de animal de fauces abiertas. Este primer espacio albergaba en su seno *una frondosa espesura* de selva con una fuente de agua manando real y continuamente, en parte por las bocas de los tres animales antedichos. A media altura de las columnas y en los ángulos de la cornisa sobre ellas, había palmatorias y blandones con hachas y antorchas. Desde la cornisa subían, de nuevo a tres caras, cinco gradas, cada una de un color, adornadas con ramos de flores. Sobre la quinta grada descansaban, de nuevo a tres caras, cuatro columnas salomónicas originando entre ellas y sobre ellas tres arcos, de nuevo bajo friso y cornisa. Aquí arriba es donde estaba el altar o, mejor, los altares, pues eran tres, dando, cada uno, a cada una de las caras, con tres frontales de seda bordados en oro. Sobre el central descansaba una imagen de la Virgen de la Cinta vestida de raso y coronada *con imperial corona*, entre cuatro antorchas sobre blandones. Cubrían los altares y la Virgen un pabellón especial (pero figurado en pintura, que fue *admiración* del público). Sobre este pabellón, un angelito *encarnado y dorado*, figurando sostener sobre su cabeza el peso de una hornacina con el Angel Custodio

---

en ella, *titular de esta devota calle*. El Angel era de talla y dorado. Todavía sobre esta hornacina, y como cubriendo todo el altar, había un *grandioso pabellón carmesí*, de cortinajes de tafetán color nácar y paja, abiertos y sostenidos hacia los lados por cuatro ángeles sobre carteles dorados. Y, en fin, sobre este pabellón, en la cima de todo y de tamaño más que natural, volaba aún el Símbolo de la Fama (tocando la trompeta y ciñendo el laurel), que en su mano derecha empuñaba estos versos, expresión ingenua del entusiasmo de aquellos vecinos por la Virgen y por el altar de Ella y de ellos: *«En aplauso de María — a esta calle singular — la Fama ha de celebrar»*.

La Plaza de la Seo o de la Oliveta, o de Nuestra Señora de la Cinta hoy, fue adornada *con gran preciosidad y compostura*, o sea, tan rica como bellamente. La fachada de la casa entre Rosa y Taules Velles estaba ocupada por piezas de tafetán *(ricos tafetanes)*, sobre los que destacaban tres cuadros. El de la Virgen de la Cinta y, flanqueándolo, los del Rey y la Reina de España *(Nuestros señores Don Felipe Quinto y Doña Isabel Farnesi, Príncesa de Parma*, expresa versallescamente el caballero). De la Virgen se pondera la hermosura y de los retratos reales la fidelidad de rasgos, y se alude a que el Rey quiso pagar los gastos litúrgicos del día de la Procesión.

En el lado de la plaza que da frente por frente a la Seo había, como hoy, un interesante edificio, vivienda, además, de un personaje. Lo era por Riu (luego Marqueses de Tamarit), por Regidor o Alcalde de la Ciudad y, en fin, por Mayordomo de la Cofradía de la Cinta aquel año histórico. *Por ambos títulos* (Alcalde y Mayordomo) y por vecino de la plaza, quiso ayudar a los Sastres, encargados de su adorno, con los que se necesitaron de su casa. Entre ellos, *siete tapices riquísimos* de la historia bíblica del Rey David y la clásica de la destrucción de Troya, que sirvieron para adornar la parte inferior de la fachada. Los cuatro grandes balcones, parece que en línea, separados por columnas, zona noble de la fachada, fueron adornados con terciopelos carmesíes, verdes y azules. Las zonas lisas de la misma, con lienzos de *romanos pinceles* (podían ser dieu de buena escuela, romana o no, simplemente renacentista, de la colección de los Riu) y las entre balcón y balcón, con esculturas, que podían ser de parecidas procedencia y propiedad. La superior, o friso y cornisa, fue decorada, similarmente a los balcones, con damascos carmesíes y verdes y franjones de plata, etc. Se dejó espacio, probablemente hacia el centro, para un *bellísimo escaparate* u hornacina religiosa. Y, desde luego, *lució en una de los balcones la bandera de la Cofradía, de damasco blanco con una franja de oro, en la una parte, de rica bordadura; una imagen de Nuestra Señora de la Cinta, y en la otra, una Cifra del Gloriosa Nombre de María*. (Repárese que esta costumbre de la bandera en la fachada del Mayordomo se sigue observando, y que precisamente este año volverá a lucir en la misma casa o espacio, y por el mismo motivo: ¡Qué hermoso es constatar la pervivencia de ciertas tradiciones, y qué bienhechor procurarla!)

Lo que completó el atavío de la plaza fue el aprovechamiento por los Padres Franciscanos del Convento de Jesús, del alto frontispicio liso de la Seo por allí (siempre aquel Convento, nacido de la generosidad de los canónigos de Tortosa, se demostró devoto de la Santa Cinta, y de él salió el más bello poema latino que la haya cantado). La obra constaba de tres partes o cuerpos. El inferior, un tablado de dos metros y medio, alto, espacioso, con cuarenta velas de cera, entre otros elementos. El segundo, una visión, de grandes dimensiones, pintada sobre cartón, de Tortosa y

---

su valle. Casas, calles, murallas y baluartes, el río y sus orillas, *la puente sobre los nueve barcos, tan famosa*, la catedral con *sus torres* (los torreones contra-fuertes), *la dilatada Campaña*, o campiña o valle, y *el vistoso Puerto con sus altos montes, profundas minas y amenos valles*. El tercer cuerpo se elevaba hasta 20-25 metros (*más de cien palmos*) y era un *dilatado lienzo* con la visión azul del cielo de Tortosa sobre la otra inferior de la ciudad y el valle, cielo rematado en su cénit por el Trono-peana de la Virgen cerca de Dios, entre los Apóstoles Pedro y Pablo y los ángeles, con la Sagrada Cinta en las manos y como *desencadenada*. Sobre ella, como en la puerta de la Oliveta en esa misma plaza hoy aletea la Paloma del Espíritu Santo.

Parece que de espaldas a lo que ahora es rampa del Puente (en todo caso frente a ella), había un altar erigido por los Padres Capuchinos de la partida de San Lázaro. Tenía de ancho nueve metros, y de alto, doce. También lo centraba la Virgen de la Cinta entre San Pedro y San Pablo, los tres de imágenes ricamente vestidas y enjoyadas. Tenía una escalinata de dieciocho gradas a tres caras, y en ella, cien cirios. Todo ello sobre un tablado de dos metros alto, y coronado por un pabellón de damasco tachonado de lises de seda y rematado por *un grandioso ramo de flores*.

La plaza toda, con el desvelo del Gremio de Vendedores de paños y telas, y Drogueros, Cereros y Pasamaneros, y con el de los vecinos, reunió notablemente (no faltaban historiados tapices de Flandes). Pero de seguro que los más atractivo fue lo siguiente (y parece que a cuenta de los Capuchinos).

Ante el altar y en el suelo, aunque dejando paso a la procesión, había un óvalo de 20-25 metros largo, defendido por una balaustrada contra *el inspetu popular*. En su centro, un jardín con muchas clases de flores (nardos, englantinas, rosas..., también salvia, espliego, romero, tomillo...) en bellos cuadros de terreno señalados con arrayanes y con un sistema de conducciones de riego. Y, en efecto, había una noria *con sus ruedas y arcaduces y un mulo* sacando agua y enviándola al jardín. Este, a sus dos lados, se transformaba en bosques con *árboles silvestres y monteriscos plantas*. El de la derecha ofrecía también un molino batanero de diez manos, una casa de campo y varios trabajadores de bosque cortando leña y midiéndola. El de la izquierda ofrecía una ciudad *con sus murallas, almenas y torres* y soldados luchando a espada y gente asomada a una torre. El mismo óvalo ofrecía, además, un Baile *de bellas garanas y hermosas zagalas*, al son de un instrumento, *practicando vistosas mudanzas*. Y una *Corrida de Toros* (la llama así) *con valientes toreadores* (así también), a pie y a caballo, *luciendo diestramente los penachos y rejones en las cervices*.

Y todo esto —obsérvese bien— no pintado y quieto, sino en figuras y en movimiento mediante *secretos artificios*.

Entre las flores del jardín no faltaba una nota piadosa. Muy cerca del altar, arrodillado sobre una tarima, en hábitos de coro y mirando extático a la Virgen, destacaba aquel humilde sacerdote de la Seo, monje mayor de ella, que, según nuestra vieja tradición, recibió la Santa Cinta...

* * *

Pero, ¿qué mejor que esta nota piadosa para nota final?

AURELIO QUERROL, Pbro.